

A Nicole

Antonio Saborit García Peña*

Durante un par de años, al comienzo de los novecientos ochenta, mientras ganaba mi derecho de piso para deambular por el anexo del Castillo de Chapultepec, dos personas me salvaron la vida. Una de ellas fue Nicole Giron. Ella no sólo siempre fue una presencia real en la Dirección de Estudios Históricos. Era como un golpe de aire fresco e hizo de mis primeros días como ayudante de investigación apenas un parpadeo.

Doctora en letras por la Universidad de París III-Sorbona, en ese entonces era la única mujer en el Seminario de Historia de la Cultura Nacional, uno de los numerosos equipos de trabajo que integró Enrique Florescano a su paso por el citado centro de investigación del INAH. Nicole Giron coordinaba además los trabajos de ese seminario de amigos al que empezaban a dispersar los compromisos vocacionales de cada uno de sus miembros, tanto en el periodismo como en la literatura como en la academia, y del que entonces sólo quedaban Héctor Aguilar Camín, José Joaquín Blanco, Carlos Monsiváis y José Emilio Pacheco, lo que equivale a decir que Nicole Giron daba la cara por todos ellos en las no infrecuentes reuniones de trabajo de una comunidad obsesionada por definir sus políticas de investigación, y, como otras comunidades de este tipo, más bien proclive a sobrevalorar sus dones y a aplicarse muy medianamente sobre los presuntos. Emma Yanes Rizo y yo llegamos al Seminario de Historia de la Cultura Nacional para hacer las cuentas del sexenio de Miguel Alemán; a eso nos dedicamos durante numerosos meses, en un cubículo estrecho y helado, salvo en primavera, contiguo al que ocupaba Nicole Giron, quien cada tercer día nos convidaba una taza de té. Yo no era de té, pero el de Nicole Giron lo bebía con el agradecimiento con que un náufrago recibe la mano de un extraño.

Nicole Giron empezó a publicar en el México de los novecientos setenta. Lo primero suyo fue *Perú, cronistas indios y mestizos en el siglo XVI*; lo tradujo del francés Roberto Gómez Ciriza y apareció en 1975 en la colección Sep Setentas. Enseguida salió *Heraclio Bernal, ¿bandolero, cacique o precursor de la Revolución?*, que no sé cómo logró imprimir el propio INAH en 1976. Y por último, su ensayo sobre la idea de la llamada cultura nacional en el siglo XIX a partir de los escritos de Ignacio Manuel Altamirano e Ignacio Ramírez, incluido en un libro colectivo más o menos importante en la fundación mítica del referido seminario: *En torno a la cultura nacional*, el cual Florescano supo colar en el catálogo del Instituto Nacional Indigenista en 1976. Aquí empezó a tomar cuerpo el interés de Nicole Giron en la literatura mexicana del siglo XIX en general, y muy en particular en la de Altamirano. Yo acababa de conocer a Nicole Giron cuando apareció una primera antología, *Semblanzas del Estado de México en la obra de Ignacio Manuel Altamirano* (1980), y al poco tiempo ella empezó a valorar dos caminos muy diferentes: la biografía o

* Director del Museo Nacional de Antropología, INAH (antonio_saborit@inah.gob.mx).



Nicole Giron **Fotografía** tomada de www.redalyc.org/pdf/3191/319127433008.pdf

la reunión de las obras completas de Altamirano. Optó por esto último, sin descuidar sus propios escritos, como se ve en los libros colectivos en los que colaboró, como *Historia y ficción: las dos caras de Jano* (2000), o en los libros que ella coordinó, como *La construcción del discurso nacional en México, un anhelo persistente (siglos XIX y XX)*, el último.

Mejor que ningún otro colega, ella no sólo vio venir el tsunami de los grados universitarios –sin los cuales en muy poco tiempo los ensayos y los libros y el trabajo realmente existente valdrían menos que nada en los círculos académicos mexicanos– y supo tomarlo con la mínima seriedad requerida y sentido del humor. Pero otros eran los temas al final del periodo presidencial de José López Portillo y todo mundo miraba la luna llena con optimismo.

Fui un testigo circunstancial del comienzo del tan ingrato como indispensable trabajo de recopilación y edición de las obras completas de Altamirano, del cual el primer volumen no se conoció hasta el año de 1986, si no me equivoco uno de los peores del gobierno de Miguel de la Madrid. Y digo que sólo fui testigo del comienzo porque en algún momento de los novecientos ochenta Nicole Giron se separó de la Dirección de Estudios Históricos en pos de realizar un valioso trabajo de enlace académico desde el Instituto Francés de América Latina, aunque no dejó de trabajar en la reunión de las obras de Altamirano. El último volumen de la serie, el vigesimocuarto, al fin apareció en 2001. Gracias a Nicole Giron estrenamos un autor que aun en este momento pocos lectores conocen con el detalle que alcanzó a ver ella –en el mismo tiempo en que gracias a Boris Rosen asimismo estrenamos autores como Francisco Zarco, Guillermo Prieto y Manuel Payno–. Nicole Giron no sólo puso el ejemplo y llamó la atención sobre la relevancia intelectual de este tipo de proyectos editoriales, sino que además alteró de una manera radical el paisaje literario del siglo XIX e hizo historia en la historia de nuestra cultura con tal iniciativa. Lo mismo aplica en mi opinión para el inolvidable Boris Rosen. Y de Altamirano, Nicole Giron dio el salto a otro proyecto de papel, todavía más esquivo: “Folletería y bandos del siglo XIX”, un proyecto que nació en el Instituto de Investigaciones José María Luis Mora en los novecientos noventa, cuando lo dirigía Hira de Gortari.

La muerte de Nicole Giron, sucedida en Tepoztlán al comienzo de la semana pasada, me dejó sin palabras. Pensé en la fortuna del Instituto Mora, de cuya comunidad fue un elemento central durante los pasa-



Durante la presentación de las *Obras completas* de Ignacio Manuel Altamirano **Fotografía** tomada de www.encyclopedia.org/index.php/indices/indice-de-biografias/726-giron-barthe-nicole

dos 18 años. No creo que Nicole Giron llegara a estar ni la mitad de ese tiempo en la Dirección de Estudios Históricos; y sin embargo sé que la pequeña parte que conocí de su alegría de vivir, su generosidad y su inteligencia siempre le robará una sonrisa a la pena por su muerte. Pero esto último sólo me importa a mí, cuando en realidad no se debe perder de vista que su ausencia incumbe a todos los que tengan algo que ver con la historia y la literatura. Nicole Giron llegó a México con la marejada de una intensa aventura intelectual: la llamada historia social; y ejerciéndola en nuestro país descubrió que ella quería y podía ser útil también en un área entonces –y hoy– infravalorada para los profesionales del pasado: la reunión y edición de textos, y a ella dedicó una parte importante de su talento e inteligencia. El resto se le fue en una labor fundamental: imprimir vida y sentido intelectuales en las instituciones donde trabajó. Y lo hizo tal y como era ella, con mucho tacto, gran sentido de la responsabilidad, legítima ambición académica y buen gusto.

Noviembre de 2008